

Comentario al artículo "Kant y el conocimiento de sí mismo"

Pedro Stepanenko

En la introducción de su libro *Identität und Objektivität*, Dieter Henrich intenta explicar a qué se deben las dificultades que involucra la interpretación de un autor como Kant; un autor que logra realizar cambios profundos en la manera de hacer filosofía y que ofrece una perspectiva filosófica totalmente nueva. Estas dificultades se deben, de acuerdo a Henrich, a que el autor que logra realizar estos cambios no llega a tener pleno control sobre el proyecto filosófico que ofrece. La exposición y el desarrollo de su nueva teoría tienen que abrirse camino por el entramado conceptual que pretenden desplazar, que con frecuencia quedan enredados en él y no pueden tomar distancia ante la tradición que quieren rechazar.

No sé si esto sea válido para todos aquellos autores que han transformado las teorías filosóficas, pero me parece que describe acertadamente la posición de Kant frente a varios problemas filosóficos, cuyo planteamiento hereda de la tradición moderna. Me parece especialmente cierto con respecto al problema que Efraín Lazos aborda en su artículo "Kant y el conocimiento de sí mismo"¹. La pregunta con la cual arranca este artículo es si la filosofía teórica de Kant logra deslindarse del modelo cartesiano de la mente, para el cual los objetos de la autoconciencia son contenidos privados, cuyo conocimiento es el punto de partida para derivar conocimientos acerca de un mundo que existe con independencia de la mente. Por supuesto que hay partes de la *Crítica de la razón pura* que intentan no sólo deslindarse de esta concepción de la mente, sino que la atacan abiertamente. La pregunta es si Kant ofrece una nueva manera de entender la autoconciencia y el autoconocimiento que logre deslindarse exitosamente de ese modelo. Yo

¹ Efraín Lazos, "Kant y el conocimiento de sí mismo", en *Revista del Colegio de Filosofía. Theoría*, núm. 6. México, Facultad de Filosofía y Letras, julio, 1998, pp. 31-40. (Los números entre paréntesis remiten a las páginas de este artículo.)

creo que no es posible responder esta pregunta si pensamos que la filosofía teórica de Kant constituye un todo coherente, es decir, no creo que se pueda responder suponiendo que todas las partes de su filosofía teórica conforman una unidad. Hay ideas de la *Crítica de la razón pura* que parecen arrastrar el modelo cartesiano de la mente; hay otras que le permiten a Kant desarrollar buenos argumentos en su contra. Un ejemplo de las primeras es la diferencia entre el sentido interno y el sentido externo tal como Kant la presenta en la Estética trascendental. Esta diferencia me parece que tiene un tinte claramente cartesiano: a través de cada uno de estos sentidos tenemos acceso a diferentes tipos de realidad. Un ejemplo de las segundas es el significado que Kant le otorga al enunciado “yo pienso” en la Deducción trascendental de las categorías. Efraín Lazos intenta responder la pregunta sobre el éxito de la filosofía kantiana en su intento por deslindarse del modelo cartesiano de la mente, comentando las objeciones que Kant le hace al “psicólogo racional” en el capítulo sobre los paralogismos de la *Crítica de la razón pura*. Este capítulo, sin lugar a dudas, forma parte de esas secciones de esta obra en donde Kant parece liberarse exitosamente del modelo cartesiano de la mente. Sin embargo, no es un capítulo en el cual Kant desarrolle una concepción alternativa de la autoconciencia o del autoconocimiento. En él, Kant ofrece un diagnóstico de la ilusión en la cual cae el cartesiano al considerar que el enunciado “yo pienso” proporciona algún tipo de conocimiento. Este diagnóstico presupone su teoría sobre la autoconciencia y el autoconocimiento, expuesta en la Deducción trascendental de las categorías, de tal manera que no me parece conveniente considerarlo por sí mismo como una respuesta al modelo cartesiano. De hecho, Lazos tiene que recurrir a la Deducción tanto para explicar los motivos por los cuales Kant quiere rechazar el modelo cartesiano de la mente como para explicar las objeciones que Kant ofrece en el capítulo de los paralogismos en contra de la posición del psicólogo racional.

Lazos menciona dos motivos por los cuales Kant ataca el modelo cartesiano de la mente. El primero, consiste en que si este modelo es correcto, habría que aceptar que el conocimiento que tenemos de nosotros mismos no está mediado por las categorías, lo cual se opone a la tesis kantiana de acuerdo a la cual todas las representaciones tienen que hallarse bajo categorías. No entiendo bien por qué Lazos considera que el modelo cartesiano de la mente va en contra de esta tesis kantiana. El cartesiano sostiene que se conoce a sí mismo como una sustancia. Desde su perspectiva, quien viola esa tesis es el que acepta que podamos afirmar algo sobre nosotros mismos sin aceptar que nos consideramos a nosotros mismos como una sustancia en esa misma afirmación. Quizá Lazos esté pensando en que para el cartesiano tenemos una intuición no sensible de nosotros mismos, cuando una de las condicio-

nes de aplicación de las categorías para Kant es el aplicarse sólo a intuiciones sensibles. Pero, el problema es, entonces, que el cartesiano acepta un tipo de intuición que Kant rechaza: la intuición intelectual.

El segundo motivo que menciona Lazos para atacar ese modelo es la concepción kantiana de la autoconciencia, conforme a la cual ésta no es posible sin presuponer la conciencia de objetos distintos de la propia mente. Este sí creo que sea un motivo fuerte para rechazar al cartesiano. La concepción kantiana de la autoconciencia puede considerarse incluso como el rechazo mismo del modelo cartesiano, más que el motivo para el rechazo. De ahí que resulte extraño, también por esta razón, que Lazos empiece exponiendo el diagnóstico de la ilusión en la que cae el cartesiano y presente, después, de manera sucinta esta concepción. Trataré aquí de exponer muy brevemente esta concepción y cómo se sigue de ella la ilusión del cartesiano. Mi comprensión de éstas difiere en tantos detalles de la lectura de Lazos, que me parece más fácil hacer esto antes de evaluar su propuesta que seguirlo paso por paso.

Lo primero que quisiera advertir es que Kant está interesado más en determinar la estructura o los procesos de nuestra actividad mental consciente que en responder a la pregunta acerca de qué clase de cosa es la mente. Es cierto que su exposición de la estructura de esta actividad tiene consecuencias sobre lo que podemos decir acerca de lo que es la mente, pero la principal pregunta para acercarse a su concepción de la mente debe ser "¿cómo pensaba Kant que funciona la actividad mental consciente?" y no "¿qué clase de cosa pensaba Kant que es la mente?". La respuesta a la primera pregunta es, dicho de manera esquemática, la siguiente: la actividad mental consciente es un proceso de síntesis de representaciones, en donde por "representaciones" sólo debemos entender, por lo pronto, los items particulares que nos son "dados". Esta actividad se mueve entre dos polos: por un lado, la diversidad de intuiciones que nos proporciona la sensibilidad y, por el otro, la idea de una única conciencia. Dicho de otra manera: para Kant la actividad mental consciente es la integración de datos a una sola unidad que constituye la conciencia de cada quien. Esta integración presupone un saber acerca de la identidad de esa unidad, presupone saber que esa unidad es la misma ante cada una de las representaciones que forman parte de la diversidad que proporciona la sensibilidad. Este saber puede ser expresado a través de la proposición "yo pienso", la cual, conforme al célebre principio de la unidad de la apercepción, debe poder acompañar todas mis representaciones. A este saber o a la conciencia de esta unidad siempre idéntica lo llama Kant "autoconciencia trascendental" y no es más que una condición de posibilidad, la más elemental, para poder tener algún conocimiento, ya sea acerca de los objetos que existen con independencia de la mente, ya sea

acerca de la propia mente. La autoconciencia trascendental no es todavía conocimiento de un objeto, no es más que la condición para que los items particulares integrados a la conciencia representen objetos de los cuales podemos tener conocimiento.

El error del cartesiano o del “psicólogo racional” es pretender que a través de la proposición “yo pienso” nos es dado un objeto, ya que, para que nos sea dado un objeto, necesitamos una pluralidad de representaciones a sintetizar. El cartesiano confunde una condición de posibilidad del conocimiento de objetos, la cual no nos ofrece pluralidad alguna a sintetizar, con un objeto. Confunde la conciencia del marco en el cual sintetizamos las representaciones de los objetos con un objeto particular. Para entender mejor esta confusión se puede tomar otra condición de posibilidad del conocimiento de objetos y ver qué sucede si cometemos el mismo error que el cartesiano comete con la autoconciencia trascendental. Tomemos la representación del espacio único dentro del cual pensamos que existen todos los objetos. Se trata de una condición de posibilidad del conocimiento de objetos y, por ello, podemos decir que todo objeto debe ocupar un lugar en el espacio. ¿Qué pasa si, ahora, enfocamos al espacio como un objeto y preguntamos, consecuentemente, qué lugar ocupa en el espacio? Al parecer tenemos una pregunta mal planteada. Lo mismo hace el cartesiano al aplicarle a la unidad de la conciencia los conceptos que determinan lo que es un objeto: trata como un objeto particular al espacio en el cual llevamos a cabo las síntesis que nos permiten hablar de objetos.

La confusión en la cual cae el cartesiano se debe, en parte, a que cada quien puede ser para sí mismo objeto de conocimiento, pero este objeto se da dentro de la unidad de la conciencia. Hay, pues, dos significados del término “yo”: 1) la unidad de la conciencia, el campo de representaciones que puedo relacionar con objetos diferentes a mi mente o que puedo considerar como mis propios estados mentales; 2) el objeto al cual le atribuyo determinados estados mentales, el cual se da *dentro* de la unidad de la conciencia. A cada uno de estos significados le corresponden distintos tipos de autoconciencia: 1) la autoconciencia trascendental; 2) la autoconciencia empírica. Así pues, otra manera de interpretar la ilusión del cartesiano consiste en decir que confunde la autoconciencia trascendental, que no es más que conciencia de una condición de posibilidad del conocimiento, con la autoconciencia empírica que es conciencia de un objeto particular: yo mismo en tanto objeto de la intuición.

En su artículo “Kant y el conocimiento de sí mismo”, Lazos empieza por presentar el primer paralogismo y su diagnóstico: el error en el cual cae el cartesiano al confundir lo que es trascendental, lo que es una condición de posibilidad de la experiencia, con lo que es empírico, lo que forma parte de

la experiencia. Yo creo que esta confusión puede entenderse de la manera en que lo he tratado de hacer aquí. Lazos, en cambio, reformula esta confusión de una manera que no alcanzo a entender qué conserva del planteamiento original del primer paralogismo. Si no entendí mal, para él esta confusión equivale a otorgarle valor epistémico a una verdad analítica. Esa verdad analítica es el enunciado "el 'yo pienso' tiene que poder acompañar todas mis representaciones". Considera que es analítica porque del concepto mismo de una representación se sigue que forma parte de una conciencia, de tal manera que anteponer la expresión "yo pienso" a cualquier juicio de experiencia no significa agregar nada. El cartesiano comete un error al considerar que la proposición "yo pienso" le agrega algo a las experiencias que tenemos. El cartesiano pretende privilegiar el conocimiento de sí mismo por el hecho de que cualquier juicio al cual le anteponga la expresión "yo pienso" es incuestionable, pero lo es no en virtud de una supuesta experiencia que exprese el anteponer esa fórmula, sino en virtud de lo que significa tener una representación, formular un juicio o pensar en general. El cartesiano no puede, pues, sacar ninguna consecuencia de la verdad incuestionable de los enunciados que empiezan con la expresión "yo pienso".

No estoy seguro qué tan eficaz sea esta estrategia para rechazar al cartesiano. Quizá el cartesiano podría responder que el enunciado "el 'yo pienso' tiene que poder acompañar todas mis representaciones" es analítica porque en la naturaleza misma del pensar está contenida la privacidad de sus contenidos. No sé si esa sería una buena respuesta, pero, en todo caso, me parece muy peligroso hacer depender la crítica kantiana del modelo cartesiano de la mente de la distinción entre verdades analíticas y verdades sintéticas. Lo que me resulta incompatible de la lectura de Lazos con la concepción kantiana de la autoconciencia es que disuelve la diferencia entre la autoconciencia trascendental y la autoconciencia empírica. Según la lectura de Lazos la verdad de un enunciado como "yo pienso que tengo dolor de cabeza" es incuestionable porque se deriva de la verdad analítica del principio de la unidad de la apercepción. Esto quiere decir que el yo al cual se refiere el principio de la apercepción como el yo al que se refieren los juicios empíricos en los cuales me autoadscribo determinadas experiencias son el mismo. Esta lectura me parece que cae en el mismo error que Kant le señala al cartesiano: confunde la unidad de la conciencia con un objeto particular que se da dentro de esta unidad, confunde la unidad en la cual se deben sintetizar todas mis representaciones con una unidad particular de representaciones, con el yo en tanto objeto de la intuición. En pocas palabras: confunde la autoconciencia trascendental con la autoconciencia empírica.

A pesar de no estar de acuerdo con Lazos en su lectura de la objeción kantiana al cartesiano, estoy de acuerdo con él en que hay partes de la filoso-

fía de Kant que logran deslindarse exitosamente del cartesiano. Creo también estar de acuerdo con él en que la principal tesis con la que cuenta Kant para rechazar al cartesiano es la que expone brevemente en el último apartado de su artículo, a saber: “que la posibilidad de un conocimiento de los propios estados de conciencia depende de la posibilidad de tener experiencia de aquello que no es parte de los contenidos de la propia conciencia” (p. 40). Lo que no entiendo es cómo podría servirle su interpretación de los paralogismos para sostener esta tesis. Sospecho que en realidad le estorba. Trataré de explicar por qué.

Las partes en las que Kant ofrece los argumentos a favor de esta tesis se encuentran en la deducción trascendental de las categorías y en la refutación del idealismo. Me ocuparé solo de la primera. En ella, Kant no sólo quiere mostrar que la idea de una única conciencia a la cual se integren todas nuestras representaciones es un requisito indispensable para cualquier conocimiento, sino también que la idea de un mundo de objetos es necesaria para garantizar la unidad de la conciencia. Esto último lo sostiene al identificar ni más ni menos que la unidad de la conciencia con el conjunto de conceptos que nos permiten sintetizar las representaciones de tal manera que generen la concepción de un mundo de objetos relacionados entre sí. Al proponer esto, Kant sostiene que aquello que le da identidad a la conciencia de cada quien no es más que el esquema conceptual que le permite pensar en términos de objetos.

Tomando en consideración esta identificación entre la unidad de la conciencia y el esquema conceptual que nos permite hablar de objetos, el principio de la unidad de la apercepción adquiere un carácter muy distinto al que ofrece cuando sólo está en juego la idea de una única conciencia. Teniendo en cuenta esta identificación, el principio de acuerdo al cual el “yo pienso” tiene que poder acompañar todas mis representaciones puede traducirse de la siguiente manera: “toda representación (item particular de la conciencia) tiene que poder integrarse a una concepción objetiva del mundo”. En efecto, si la unidad de la conciencia estriba en el esquema conceptual que nos permite hablar de objetos, integrar una representación a la unidad de la conciencia consiste en buscar el lugar que debe ocupar esa representación en una concepción objetiva del mundo. Esta afirmación dista mucho de ser una proposición analítica y en ella creó que hay que buscar la plataforma desde la cual refutar al cartesiano. Si la lectura que hace Lazos de los paralogismos exige considerar al principio de la unidad de la apercepción como un enunciado analítico, entonces no recoge este nuevo significado que me parece imprescindible para enfrentar al cartesiano, por lo cual, parecería que Kant “no logra exorcizar del todo las tentaciones del modelo cartesiano de la mente” (p. 40).